

**Eulalio Ferrer (1920-2009)**, escritor, periodista y publicista español nacido en Santander y fallecido en México, tierra en la que se estableció junto a su familia, tras un penoso periplo a través de diversos campos de concentración franceses, al salir de España con el ejército de la II República camino de un largo exilio. Fue miembro numerario de la Academia Mexicana de la Lengua, creó el Museo Iconográfico del Quijote en la ciudad de Guanajuato y la Fundación Cervantina de México.

### **Eulalio Ferrer y la lectura**

*Entre alambradas* es el estremecedor testimonio de su paso por los campos de refugiados españoles que el gobierno francés improvisó en playas del sur de Francia. Ferrer consiguió cuadernos, en los que iba anotando, como medida de supervivencia y de afirmación individual, todo lo que iba viviendo, escuchando, sintiendo en esas trágicas circunstancias. El volumen que fue publicado en 1988 no es la mera transcripción de aquellas notas, sino que media una necesaria transformación literaria de esos materiales. Con todo, es un testimonio privilegiado de la cotidianidad de la vida en lugares que hoy son enclaves turísticos: Argelès sur Mer, Barcarès, Saint-Cyprien...; de las tensiones políticas dentro del exilio; de los miedos y de los sueños; de los más elevados casos de heroísmo y solidaridad, y de los más abyectos de egoísmo y crueldad. Un notable ejemplo de la literatura concentracionaria del exilio republicano español.

Con todo, escritura y lectura son dos pilares fundamentales que devienen tema literario en el libro de Eulalio Ferrer. La escritura del diario, de cartas que debe ir racionando ante la escasez de sellos, de cartas que escribe para muchos compañeros analfabetos... Y la lectura de los periódicos franceses que van dando cuenta de la amenaza de la II Guerra Mundial (el sentimiento de traición que recorre el campo ante el pacto Molotov-Ribbentrop, la invasión de Polonia, la llegada de soldados británicos...), o de otros libros que aligeran las horas y evitan sucumbir ante el desánimo, el hambre, el frío o la locura: “la lectura del *Quijote* idealiza también el tiempo. Lo convierte en viento ligero; en tránsito de herida cicatrizada, en vuelo de esperanza” (Ferrer, 1988: 199). Además de la magna obra cervantina, tenemos constancia de la lectura de una biografía de Pérez Galdós y de *El año terrible* de Victor Hugo (“uno de mis autores favoritos desde que mi padre me enseñó a leerle” – Ferrer, 1988: 221). La literatura viva se convierte, también, en un recuerdo que acompaña al joven y que lo conecta con una realidad más feliz:

Mi padre duerme sobre una litera de madera y yo sobre la arena, más húmeda que anoche. Desfilan por mi retina la diversidad de tipos humanos a los que he dedicado hoy mi incorregible tendencia a la observación cuidadosa. Gestos y miradas cuyas intensidades y diferencias advierto o descubro con reciente facilidad. Tanto, que ver los ojos me sirve para una imaginaria lectura de manos, en la que cada vez soy más solicitado. Es un truco que aprendí de García Lorca, en los días inolvidables de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, cuando él dirigía La Barraca y yo, con los compañeros de la Escuela Laica, representaba *Fuente Ovejuna*, *La cueva de Salamanca* y *Los habladores*. (Ferrer, 1988: 90)

Sin embargo, las continuas alusiones a la lectura del *Quijote* bien merecen un análisis más detenido:

Vuelvo con mi *Don Quijote*. Le saboreo más intensamente en esta segunda lectura. La primera fue ávida, en un recreo interior que necesitaba, y en una recuperación de mi levisima lectura escolar. ¿Por qué este libro, que es una referencia indispensable de la lengua española, que es encarnación universal del ser español, no es integrado más adecuadamente, aunque sea en versiones compendiadas, a la enseñanza española? La obra máxima de Cervantes, más que una obra de lectura, es una obra de estudio. Quizá me obsesione el personaje en este clima de ideales en derrota que han de triunfar, pero así lo siento. Fue una gran fortuna para mí que esta apretadísima edición 1902 de Calleja cayera en mis mayos; libro de cabecera como le llamo. Cuando aquel miliciano extremeño me ofreció el libro, en Port-Vendres, a cambio de la cajetilla de cigarrillos que llevaba, sin ser fumador, me pareció natural, sin duda ventajoso para mí. Nunca podré agradecer suficientemente la bondad de un regalo así. Nunca el más loco de nuestra historia estuvo mejor acompañado. Y no lo digo por mí, que no sé en qué grado estaré, sino por todos estos admirables locos con quienes comparto el confinamiento. En cada uno de ellos creo ver un gesto, una mirada, una ilusión de don Quijote. (Ferrer, 1988: 53-54).

Ferrer, como se ha hecho en cada época, conecta los valores de su realidad presente con la obra cervantina y cifra su análisis de la novela en la defensa del principio de la libertad y del idealismo, en tanto que nobleza de espíritu, pues esos son los principios que a él y a muchos de sus compañeros les llevaron a implicarse en política, en la defensa de la República y a abandonar su país hacia un futuro incierto. Ferrer reflexiona acerca de la vigencia de la obra, acerca de su esencia clásica:

Me refugio en el *Quijote*. He pegado las hojas desprendidas y es un libro que no dejo a nadie. Me disculpo por el egoísmo pero es una lectura a la que vuelvo una y otra vez. Es un personaje con el que convivo; me parece actual. Sobre el estilo del ayer, más allá de sus figuras pintorescas, flotan sus ideas de hoy, resaltadas por los hechos que vivimos, por los tipos que nos rodean. No solo leo a don Quijote, lo veo. Me parece un ser de carne y hueso. En cada rostro que contemplo, en cada gesto que observo hay partes de él. La fuerza descriptiva penetra el ambiente y lo vuelve quijotesco. No estamos en el siglo XVII; estamos en el siglo XX. Es un libro que se adapta al tiempo, que corre con el tiempo. *Don Quijote* puede retratar una época, pero la trasciende y cobra vida en cada época. El tiempo es un multiplicador de sus resonancias. Cervantes quiso hacer famoso a don Quijote como una ofrenda a Dulcinea. Y su deseo se ha cumplido: no hay un lugar en el mundo donde no se conozcan sus hazañas. Secreto maravilloso de un relato que conjuga la expresión popular con la pintura imborrable de sus personajes. Cervantes es un escritor del pueblo. Y su obra es un canto a la

libertad, una denuncia de las injusticias sociales. No hay lo tuyo y lo mío, sino lo nuestro. Para ser caballero no se necesita ser rico. Las causas de don Quijote son nobles y desinteresadas. El pueblo es cuna de hidalguía. Hay momentos en que las arenas de esta playa se transforman en las llanuras de la Mancha y veo cabalgando a don Quijote y Sancho, como si fueran personajes reales. Los toco, los oigo, están con nosotros... Cervantes los creó para ser inmortales. ¡Ay, qué alivio leer el *Quijote*! Leerlo en un campo de concentración, como minuterero de la hora humana, como descubrimiento de los ideales que justifican la locura del genio para convocar el gobierno de la razón. (Ferrer, 1988: 110-111).

Más allá de la visión ideologizada que tiene Ferrer en esos momentos, ante la urgencia imperativa de las circunstancias, nos interesa la necesidad terapéutica de leer en el campo: el acompañamiento, la diversión, el anclaje a una realidad más consoladora que la tangible. Vuelve a reflexionar a finales de 1939 en su *Diario* acerca del efecto tan positivo que tiene en él acudir a la obra cervantina:

Me refugio en mi escondite predilecto, *Don Quijote*. Me ha contagiado la pasión que él pone en sus lecturas, haciendo de la mía entretenimiento y enseñanza. Acicatea su imaginación la nuestra, la que necesitamos para ver más lejos de estas alambradas con la rutina animal que nos imponen. Es una lectura que ensancha el juicio y nos hace cabalgar sobre la fantasía. Lo mismo cuando don Quijote alecciona a Sancho para que comulgue con sus locuras, que cuando Sancho le hace ver la realidad a don Quijote. La sabiduría va de un personaje a otro. El desprecio de don Quijote por las palabras posesivas de lo mío y de lo tuyo. Las ocurrencias divertidas de Sancho, convencido de que su asno *Rucio* es mejor que *Rocinante*. Los consejos minuciosos de don Quijote a Sancho antes de su encuentro con Dulcinea. Los consejos atrevidos de Sancho a don Quijote, después de la aventura de los Galeotes. Evidentemente, Cervantes creó sus personajes para que quedaran vivos, viviendo en sus lectores. No puede ser más ilustrativo el epitafio que el Bachiller dedica a don Quijote: “que la muerte no triunfó / de su vida con su muerte”. Esta lección de vida es la que nos hace viajar entre molinos de viento, a Criptana y a Montiel; por las llanuras de la Mancha y por las alturas de Sierra Morena. Quisiéramos convertir las alambradas en encinos y los encinos en astas de lanza. (Ferrer, 1988: 183).

### **Selección bibliográfica**

Eulalio Ferrer, *Entre alambradas*, Barcelona, Grijalbo, 1988.

Francie Cate-Arries, “Una ‘historia de cautivo’ moderna: el drama quijotesco del exilio español de 1939 según Eulalio Ferrer en *Entre alambradas*”, en Sandra Barriales-

*Eulalio Ferrer (1920-2009)*  
Blanca Ripoll Sintes

Bouche (coord.), *España: ¿laberinto de exilios?*, Madrid, Juan de la Cuesta, 2005, p. 133-144.

Gonzalo Celorio, “Eulalio Ferrer: Quijote del Nuevo Mundo”, *Revista de la Universidad de México*, 78, 2010, p. 43-45. Disponible en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/download/162d6539-9b45-49f2-be62-8b48b8b69783>

Jorge de Hoyos (ed.), *Eulalio Ferrer, recuerdos e historias*, Santander, Ed. Universidad de Cantabria, 2016.

Blanca Ripoll Sintes  
Serra Húnter - Universitat de Barcelona